

Contexto histórico y aportes críticos a  
**“Una excursión a los indios ranqueles”**

Tras las huellas de  
**Mansilla**

CARLOS MAYOL LAFERRÈRE



EDICIONES DEL COPISTA

CARLOS MAYOL LAFERRÈRE. Escritor e Historiador. Fundador y Director del Instituto de Estudios Históricos "Lorenzo Suárez de Figueroa" de Huanchilla.

Miembro de Número de la Junta Provincial de Historia de Córdoba y del Centro de Estudios Genealógicos de Córdoba. Correspondiente de las Juntas de Santiago del Estero y San Luis. Ha publicado varios trabajos, entre ellos la historia de Río Cuarto, en fascículos del diario *Puntal*.

Ha sido Director del Archivo Histórico Municipal y Presidente de la Junta Municipal de Historia de Río Cuarto.



## PRÓLOGO

### Un baqueano de la Historia

Por María Rosa Lojo

Conocí personalmente a Carlos Mayol Laferrère en 1991, cuando él ejercía las funciones de director del Archivo Histórico Municipal de Río Cuarto y yo visitaba esta ciudad en busca de precisas informaciones sobre la “excursión” de Lucio V. Mansilla a los ranqueles en 1870.

Mis propósitos eran literarios. Por ese entonces, con el apoyo de una beca de la Fundación Antorchas, trabajaba en una novela sobre Mansilla (luego publicada como *La pasión de los nómades*<sup>1</sup>). El eje imaginario de mi ficción exigía, valga la paradoja, una minuciosa fidelidad al presente. El fantasma de Lucio V. vuelve en ella a la vida material, en la Argentina de la última década del '90, gracias a un hada inmigrante, sobrina del Merlín de Avalon que Alvaro Cunqueiro (el Tolkien de Galicia) supo trasladar a la mansión solariega heredada de una tía gallega. Ya en las postrimerías del siglo XX, hartos de un ex paraíso campestre cada vez más invadido por turistas ávidos de *souvenirs*, disminuidos sus antiguos poderes ante los prodigios de la tecnología y los efectos especiales de cualquier película de Hollywood, el mago jubilado y su sobrina deciden emprender el camino de Buenos Aires (como tantos habitantes de la Península ibérica antes que ellos). Allá se cruzarán con el fantasma de Lucio V., fugado de un paraíso de utilería donde quizá por

---

<sup>1</sup> Su primera edición fue en 1994. La novela tiene reedición actual en Sudamericana DeBolsillo (2008). Fue finalista del Premio Planeta y obtuvo el Primer Premio Municipal de Buenos Aires Eduardo Mallea. Acaba de ser traducida al inglés por Brett Sanders.

broma o por castigo lo han confinado, nostálgico de sus pasadas aventuras y también sordamente arrepentido por no haber hecho todo cuanto pudo o debió hacer en su tiempo sobre la tierra.

Fascinado y también repelido por la nueva Buenos Aires, Lucio no deja de sentirse en ella un extraño. Decide volver a su camino de Tierra Adentro y rehacer los pasos de su excursión a los ranqueles, porque sospecha que es ahí donde quedó su propia asignatura pendiente con la Historia argentina, y también donde se puede rastrear la cara oculta de la memoria nacional. Para llevar por esos lugares a mi personaje literario y dar cuenta de sus emociones, decepciones o sorpresas, yo misma tenía que conocerlos primero. Si bien uno de los muchos aportes del escritor en *Una excursión a los indios ranqueles* fue el trazado de un mapa de su camino, no era fácil (sobre todo desde Buenos Aires) determinar la correspondencia de los hitos marcados en su croquis con los espacios de la pampa central argentina a fines del siglo XX.

Mis múltiples informantes coincidieron en señalarme a un experto en historia de la frontera, poseedor de esas claves. Carlos Mayol Laferrère, que había vuelto sobre el camino de los ranqueles a la cabeza de una expedición ecuestre, exactamente diez años antes. Empezamos a escribirnos (en aquellos tiempos antediluvianos, aún por correo postal, de modo que las cartas iban y venían lentamente, casi a lomo de chasqui) y acordamos que me recibiría en Río Cuarto para empezar a instruirme sobre las vicisitudes del trayecto. Fue más que generoso: me abrió las puertas de sus archivos, de su casa y de una amistad que dura hasta hoy. Gracias a Carlos Mayol accedí a los primeros mapas del camino realizados sobre el terreno de la pampa contemporánea (luego completados con las planchas del Instituto Geográfico Militar) y tuve acceso a las cuidadosas copias manuscritas que él mismo había hecho, de textos depositados en el archivo franciscano de Río Cuarto. Entonces fue, también, cuando me explicó el plan de este libro: una idea que empezó a gestarse y a realizarse sobre el diario de su propio viaje.

Ya para la época de nuestro primer encuentro Mayol tenía acumulada una considerable cantidad de notas y documentos. Pero la anunciada publicación tardaba en aparecer. *Tras las huellas de*

*Mansilla* empezó a convertirse en una suerte de leyenda oral circulante en grupos de investigadores y literatos, así como su autor iba adquiriendo el estatuto de una especie de Sócrates (o mejor aún, de chamán ranquel) poco dispuesto a condescender con las imperfecciones de la escritura. Despreocupado de todas las burocracias académicas, indiferente al *publish or perish* que desasosiega a los acelerados profesores de las universidades del norte (y a los argentinos también), Mayol, que luego se jubiló de su cargo en el Archivo Histórico, se daba el lujo de entregarse a la vida del investigador puro, ajeno a las presiones de la "producción". En suma: daría a conocer sus resultados sólo cuando considerase que los tiempos de su largo trabajo estaban cumplidos, y los frutos alcanzados.

La prolongada espera valió la pena. Nos encontramos hoy frente a una obra de extraordinario interés que recoge y analiza cuanto es posible recopilar y saber sobre los entretelones de la expedición de Mansilla, la trastienda de la escritura de su célebre libro, y las distintas perspectivas de otros testigos/participantes. La sensación de intimidad, de cercanía, de secreto revelado y compartido que proporcionan estas páginas es uno de los logros más considerables del libro. Gracias a él, los ranqueles, los oficiales, los gauchos, los soldados, los asistentes, las cautivas, las mujeres cristianas y aborígenes, los niños y aun los perros, empiezan a tener (hasta donde ello es posible) una historia, o completan el relato inconcluso que Mansilla nos hace de ellos y sobre ellos. No hay dato, no hay recoveco de la memoria, por menor o incidental que parezca, que Carlos Mayol no haya investigado escrupulosamente y sabido atrapar y leer con la habilidad de un rastreador que descifra las mínimas marcas para otros imperceptibles. Por eso, por ser la obra de un verdadero baqueano de la Historia, merece plenamente este libro su título tan justo como sugestivo.

Entre tantas otras cosas, *Tras las huellas...* despliega una historia de la nación ranquel que el Mansilla de 1870 desconocía. Ofrece las biografías de los principales caciques, pero también recupera los destinos siempre mucho más ignotos de las mujeres. Altamente recomendable para curiosos, por demás atractivo para escritores, este libro reconstructivo avanza hacia el "antes" y el "después" de la ex-

cursión mansillana, indaga en los siempre interesantes pormenores de la vida privada, la *petite histoire* de aquellos personajes que no tuvieron relevancia en los grandes hechos, pero que sin duda compusieron su trama. Nos habla, así, tanto de las costumbres, tabües y prejuicios de una época, como de aquellos audaces dispuestos a romperlos. ¿A quién no le agrada enterarse, por ejemplo, de que una de las hermosas hijas de Epumer Rosas, caída luego en cautiverio del otro lado, despertó la rendida pasión de un oficial, que renunció al Ejército para casarse con ella?

Sobre el texto básico de Lucio V., Mayol ha entrelazado otros: el informe —escueto y en diferente registro— del propio Mansilla dirigido a su jefe militar, el general Arredondo; la relación entregada al Padre Visitador por fray Marcos Donati (que en ese entonces era Prefecto de los franciscanos); los apuntes personales de viaje del otro misionero, fray Moisés Álvarez; la relación elevada al Mtro. Avellaneda por el sacerdote dominico Vicente Burela, cuya índole era muy otra que la de los honestos frailes (traficaba con aguardiente, y es de presumir que se apropiara de buena parte del dinero a él confiado para el rescate de cautivos). Los comentarios del autor conectan todos los textos, comparan afirmaciones divergentes, aclaran puntos oscuros, añaden informaciones y explicaciones. Además, se proporcionan mapas, fotografías, cuando las hay, y minuciosas referencias geográficas.

Exhaustivo, complejo, *Tras las huellas...* propone una visión completa, no sesgada, de la cruenta historia de la frontera. Lejos de la convalidación de políticas que sólo sirvieron para ahondar distancias con los pueblos originarios, también evita caer en un indigenismo ingenuo. Da cuenta de terribles matanzas, de uno y otro lado, de crueldades que involucran, no ya sólo a un pueblo ni a una cultura determinados, sino que son terrible patrimonio de toda la especie humana. No obstante, de los hechos narrados se desprenden ciertas conclusiones acompañadas por la reflexión empática del autor. A saber: que los ranqueles, una etnia que en su momento (fines del siglo XVIII) avanzó sobre los tehuelches y terminó mestizándose con ellos, vivieron con trágica lucidez sus últimos días como pueblo soberano, conscientes de que los pactos

que se veían obligados a aceptar, sólo eran argucias para ganar tiempo hasta que la sociedad criolla cumpliera con el objetivo ya trazado de erradicarlos de las tierras que ocupaban. También, que los otros perdedores de esta lucha desigual fueron los hombres que no llevaban armas, sino la palabra: misioneros como los franciscanos que acompañaron a Mansilla, y que —símbolo de su propia utopía derrotada— terminaron sus días tristemente, alejados de la comunidad aborigen a la que habían decidido entregar su vida y sus trabajos, malogrados por la conducta brutal y también a menudo venal, de las autoridades políticas y militares. Otra amarga conclusión, que se extrae tanto del relato mansillano como del de los misioneros, es la perturbadora, por lo general dañina influencia, que ejercieron los cristianos refugiados en las tolderías por causas pendientes con la justicia o por razones políticas. Esta obra de Mayol no profundiza en la inquietante figura del unitario exiliado Manuel Baigorria<sup>2</sup> (personaje que el autor ha estudiado en otros trabajos) pero deja entrever su doble juego y los daños que éste causó, así como el altísimo precio que los ranqueles pagaron por haber sido leales hasta el fin con este contumaz enemigo de Rosas, a quien nunca quisieron entregarlo.

Los incidentes cómicos, las pequeñas vanidades propias aun de los que hubieran podido postularse como aspirantes a santos, matizan y condimentan con humor los relatos contrastados: así, el padre Álvarez no deja de expresar su satisfacción por el trato especial y deferente que, en tanto hombres de Dios, les otorga durante la comida el cacique Mariano (son los únicos a quienes sirve vino) mientras que no hace lo mismo con el coronel Mansilla. Según quien lo cuente (los misioneros o el coronel), serán diferentes los héroes de las situaciones riesgosas, y unos u otros se atribuirán los méritos del coraje y la presencia de ánimo...

*Tras las huellas de Mansilla* no sólo nos proporciona un apasionante retrato de quienes fueron protagonistas de *Una excursión a*

---

<sup>2</sup> No menos novelesco que Mansilla, Manuel Baigorria también me inspiró una novela, *Finisterre*, aunque no es su protagonista. Ocupa este lugar, en cambio, en otra novela reciente, *La cicatriz*, de la escritora riocuartense Daila Prado.



los indios ranqueles; no sólo hurga hasta el mínimo detalle cómo y por qué hicieron tal viaje memorable, sino que nos retrotrae a una frontera en el tiempo: la bisagra que precede a la “solución final” perpetrada luego por Julio A. Roca, en quien confluyen las “ideas fuerza” dominantes en su época. El positivismo finisecular, el auge de las biopolíticas, convalidarían la reducción y exterminio de las etnias que no se ajustaban al ideal de la civilización occidental, y supuestamente impedían de esta manera el Progreso de la Humanidad. La necesidad del respeto y la valoración de las diferencias que llega a mostrar Mansilla en no pocos tramos de su libro sólo ingresarían en el *Zeitgeist* (al menos como desiderátum, no siempre por cierto como realidad consumada) mucho más tarde.

Ni el mismo Mansilla, cabe decir, se mantuvo fiel a su lúcida visión de esos “otros” mucho más prójimos/próximos de lo que parecían serlo a los ojos de los “civilizados”. Las opiniones que registra el Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados del año 1885 nos lo presentan en una postura aparentemente fría y cínica, descreído de la posibilidad de integración de los aborígenes como ciudadanos plenos a la sociedad argentina. Pero aún dentro de ese desapegado cinismo, lo que está recordando a sus contemporáneos es la percepción de antropólogo *avant la lettre* que había tenido quince años atrás. Cuando dice que “el indio es ante todo un indio”, no lo sindicaba necesariamente como “inferior” sino como sujeto cultural específico y distinto: “El señor Ministro se engaña —concluye— si piensa que el indio cree que nosotros somos más civilizados”.

Mansilla pone de relieve, por otro lado, las consecuencias siniestras (para los aborígenes) de la supuesta equiparación con la población común en términos de una “convivencia” por demás asimétrica; si para el Ministro, insiste, los indios son ciudadanos argentinos, “¿cómo se concilia esta declaración con el sarcasmo de esta diseminación de indios en todos los barrios de Buenos Aires, entre las principales familias; de estos verdaderos esclavos que se denominan argentinos? Entonces, ¿cómo se explica este otro sarcasmo, de que estos ciudadanos argentinos, nada más que en virtud del derecho de la fuerza, estén formando parte del ejército nacional,



que es una servidumbre mucho mayor que la otra, porque ésta los condena a la muerte...?”<sup>3</sup>

¿Olvidó realmente Mansilla los propósitos y los proyectos humanitarios que lo inspiraban al escribir *Una excursión...*? ¿Se preocupó para siempre de los caciques ranqueles, sus compadres, y de los ahijados con los que había contraído obligaciones sagradas durante su viaje a las tolderías? Podemos inferir que no en lo íntimo. Entre 1906 y 1907 Miguel Ángel Cárcano y sus padres lo tratan en París. Aunque ya de avanzada edad, Mansilla sigue soñando con ocupar un lugar relevante en la vida política, al menos en la carrera diplomática. El joven Cárcano, entusiasmado con el libro de aventuras pampeanas que acaba de leer, indaga al general acerca de la vida en las fronteras que parece haber olvidado. Un día, sin embargo, decide romper el silencio: “Hoy te contaré cosas que no he referido en mi excursión, cosas que no pueden contarse a nadie, aunque sean reales y hayan sucedido, cosas que demostrarían la incapacidad y crueldad de nuestros militares para dominar al indio, cosas increíbles que echarían por tierra la reputación de alguno de nuestros grandes hombres”.

Es entonces cuando Mansilla pide a su segunda mujer, Mónica, que vaya a buscar el poncho pampa regalado, en aquella época, por Mariano Rosas. Lo llama su “compadre” y señala que “es el único objeto que me queda de aquella gran amistad y extraordinaria empresa” (ibídem). Sin embargo, pese a hallarse delicadamente envuelto, el poncho ha sido acribillado por las polillas. Mansilla desespera. Con ese regalo-salvoconducto desaparece también “el único recuerdo que aún me quedaba de mis pasadas hazañas”. La escena final es elocuente: “Desplomándose en el sillón de su escritorio y cubriéndose con su mano derecha los ojos, irrumpe en una serie de profundos sollozos”<sup>4</sup>.

Esta obra, que va tras sus huellas sin perderse jamás, amplía nuestro conocimiento del personaje histórico, así como la géne-

---

<sup>3</sup> *Diario de sesiones*, 24 de agosto de 1885, 505.

<sup>4</sup> Todas las citas son de Miguel A. Cárcano (h). “El general Lucio V. Mansilla”. El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña. Buenos Aires: Eudeba, 1969. 5-29.

sis de *Una excursión a los indios ranqueles*. Recorre prolijamente la geografía pasada y la presente con sus modificaciones y con las respectivas connotaciones simbólicas de los lugares visitados; nos sumerge en la cotidianidad, la dureza, los gozos y los peligros de la gran aventura que ocurrió en nuestras pampas hace casi un siglo y medio, y de la que pocos recuerdos sobrevivían en los lugareños cuando mi familia y yo hicimos nuestra propia excursión en 1992. Por esas paradojas de la memoria (y esos agujeros negros de la historia argentina que invisibilizan y descartan capítulos enteros de nuestro pasado) para muchos de quienes nos cruzamos por allí, el viaje original de Lucio V. Mansilla había desaparecido como tantas lagunas de la zona, y en su lugar quedaba, triunfante, la figura de su investigador: Carlos Mayol Laferrère, convertido en involuntario sustituto. Así lo cuenta el damnificado Lucio V. en un capítulo de *La pasión de los nómades*:

“Para llegar a Monte de la Vieja hubo que trasponer varias tranqueras de la estancia ídem y encarar al encargado de puesto, quien nos atendió con amabilidad aunque sin dilación conversadora (el hombre tenía que despachar animales para ser vacunados, lo cual es índice del progreso de la civilización en la ganadería argentina).

—Vea, señor —se pronunció—, el Monte de la Vieja queda para este lado. Abren dos tranqueras y se meten no más, cuidando los renuevos de chañar, que los hay por todas partes y les pueden pinchar los neumáticos. Yo hace dos años recién que estoy empleado en la estancia, pero me han contado que en ese mismo lugar acampó Mansilla hace casi diez, con mucha gente a caballo.

No puedo más que concluir, Santiago, cuánta razón tenían los hindúes al afirmar que la personalidad es nada y que el tiempo es ficticio —una pobre apariencia en el vertiginoso velo de Maia—. Tanto da, después de todo, si es Mayol Laferrère o Lucio Victorio Mansilla quien ha hecho la excursión, si han pasado diez años o casi un siglo y cuarto. Dentro de otro siglo nadie recordará —salvo las ratas de biblioteca— ninguno de los dos hombres, y acaso el Monte ya cubra toda la estancia, como cubre hoy cinco o seis veces más de su anterior territorio”.

Como antídoto contra ese olvido, precisamente, se han escritas las páginas que siguen. A esta altura, tanto Mayol como yo nos hemos vuelto médiums de un espíritu inquieto, que sin duda seguirá intrigando y motivando a futuros y aún desconocidos excursionistas.

Entre tantas otras cosas, *Tras las huellas de Mansilla* despliega una historia de la nación ranquel que el Mansilla de 1870 desconocía. Ofrece las biografías de los principales caciques, pero también recupera los destinos siempre mucho más ignotos de las mujeres. Altamente recomendable para curiosos, por demás atractivo para escritores, este libro reconstructivo avanza hacia el “antes” y el “después” de la excursión mansillana, indaga en los siempre interesantes pormenores de la vida privada, la *petite histoire* de aquellos personajes que no tuvieron relevancia en los grandes hechos, pero que sin duda compusieron su trama. Nos habla, así, tanto de las costumbres, tabúes y prejuicios de una época, como de aquellos audaces dispuestos a romperlos.

[...] Exhaustivo, complejo, *Tras las huellas...* propone una visión completa, no sesgada, de la cruenta historia de la frontera. Lejos de la convalidación de políticas que sólo sirvieron para ahondar distancias con los pueblos originarios, también evita caer en un indigenismo ingenuo. [...] Esta obra, que va tras *las huellas de Mansilla* sin perderse jamás, amplía nuestro conocimiento del personaje histórico, así como la génesis de *Una excursión a los indios ranqueles*.

[María Rosa Lojo, del Prólogo]



ISBN 978-987-563-345-2



Librería García Cambeiro